

CHRISTIAN FELDMANN
HILDEGARDA DE BINGEN:
UNA VIDA ENTRE LA GENIALIDAD Y LA FE

Editorial Herder, Barcelona 2010, www.herdereditorial.com

ISBN 978-84-254-2596-7

19,5 x 12,5 cm, 359 págs. Encuadernado tapa dura

Título original: Hildegard von Bingen. Nonne und Genie

Traducción: José Antonio Molina Gómez

Hildegarda de Bingen sigue llamando la atención hoy deja y no deja de despertar pasión y admiración a quien se acerca a sus obras, su vida o su “película”.

El libro que ahora presentamos es una admirable recreación del contexto histórico que envolvió a Hildegarda, una narración apasionante de su vida y una introducción admirable a quien se atreva con alguna de sus obras. En CISTERCIUM nos hemos ocupado varias veces de Hildegarda¹. Y hemos presentado las obras que de y sobre ella han salido en español². En la bibliografía del volumen que presentamos ahora

¹ N° 204 (1996): *Explicación de la Regla de San Benito por Hildegarda de Bingen*, Traducción, notas y comentario por Hugh Feiss, osb. N° 216 (1999): *Narrativa histórica y mística medieval cristiana. Los casos de Eckhart e Hildegarda de Bingen*, por Antonio Ángel Usábel. N° 219 (2000): Rosa Ríus Gatell, y Francisco R. de Pascual, oco: *Hildegarda de Bingen, una mística que cuenta*. N° 227 (2002): COMPOSICIÓN: *Hildegarda de Bigen: su época y sus ilustraciones. Los dones de Hildegarda para nuestro tiempo*. VACIAMIENTO: *Sofía: Madre Sabiduría, Madre Iglesia. Nuevo cielo, nueva Tierra*. N° 237: Presentación del libro de Hildegarda: *Sinfonía de las revelaciones celestiales*.

² Obras de Hildegarda en español:

- HILDEGARDA DE BINGEN: *Scivias. Conoce los caminos*. Editorial Trotta SA (Ferraz, 55 · 28008 Madrid, Tel. 915430361 · Fax. 915431488); Colección: Estructuras y Procesos. Religión, ISBN: 978-84-8164-330-5. Año de Edición: 1999, 14 x 23 cm., 528 págs., Rústica, 30,00 €.
- HILDEGARDA DE BINGEN, *Sinfonía de la Armonía de las Revelaciones Celestiales*, Editorial Trotta, Colección Estructuras y Procesos, Serie Religión, Madrid 2003. Traducción de M^a Isabel Flisfisch. Introducción y comentarios de M^a Isabel Flisfisch, M^a Eugenia Góngora, Italo Fuentes, Beatriz Meli y M^a José Ortúzar; 22x15 cms, 402 págs. ISBN: 978-84-8164-644-3, Año de Edición: 2003, 14 x 23 cm., 408, págs. Rústica, 21,00 €. Presentación en el n° 234 de Cistercium.
- Sobre Hildegarda de Bingen en español:
- RÉGINE PERNOD, *Hildegarda de Bingen. Una conciencia inspirada del siglo XII*, Ed. Paidós. Testimonios, Barcelona 1998, ISBN 84-493-0617-5. 23x15 cm. Rústica, 164 págs. [Paidós Ibérica, SA, C/ Mariano Cubí 92, 08021 Barcelona y Editorial Paidó, SAICF, Defensa 599, Buenos Aires]. Traducción de Alejandra González Bonilla.
- VICTORIA CIRLOT, *Vida y visiones de Hildegarda von Bingen*, Ed. Siruela, Madrid 1997. También de la misma autora: *Una mística en el ambiente cisterciense: Hildegarda de Bingen, su vida y visiones*, conferencia pronunciada en el Congreso sobre “Mística Cisterciense”, Ávila 1998, Actas del Congreso, págs.. 345-364. Volumen editado por CISTERCIUM y el CENTRO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS MÍSTICOS de Ávila.
- Victoria Cirlot y Blanca Garí, *La mirada interior. Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*, Ediciones Martínez Roca, Col. El Árbol del Saber, ISBN 84-270-2506-8.
- G. ÉPINEY-BURGARD-E. ZUM BRUNN, *Mujeres trovadoras de Dios. Una tradición silenciada de la Europa medieval*, Barcelona, Paidós, 1998, pp. 53-56.
- “VISION”, película sobre Hildegarda de Bingen, de la directora Margarethe von Trotta (distribuida en DVD por Karma Films). “VISION”: THE MUSIC OF HILDEGARD VON BINGEN”: Original compositions, arrangements, and interpretations performed by Richard Souther.

no hay ninguna referencia en español, y es por esto que las incluimos nosotros ahora, facilitando así un acercamiento del lector español a la mística benedictina.

Pero antes de pasar a comentar el contenido del libro queremos hacer dos observaciones importantes. Una sobre la misma Hildegarda y su “vocación” o ingreso en el monasterio de Disibodenberg. Otra sobre sus “visiones”. Es interesante detenerse aquí porque ni el libro ni la película acaban de matizar estos dos aspectos tan importantes en la vida de Hildegarda, aunque el libro se acerca mucho más a la verdad.

Primeramente, era muy normal que algunas familias nobles llevaran a sus hijas a los monasterios para ser instruidas –único medio de que una mujer alcanzara algún tipo de formación-. Otras familias, más pobres y humildes, “donaban” a sus hijas al monasterio para que fueran “donadas”, o sirvientas en estos monasterios. Las hijas de familias nobles eran puestas bajo la dirección de una monja sabia y experimentada. Y los monasterios contaban con este tipo de “escuelas” monásticas. Ahora bien, en el origen de la entrega al monasterio había varias motivaciones: educar a las jóvenes antes del matrimonio, y preservarlas de los peligros de una sociedad violenta y cruel, muy “bárbara” aún y poco cristiana; otra, que los padres cedieran a las inclinaciones de una niña o joven, que, movida por alguna influencia familiar, demostraba inclinación por el “estado” religioso, en el cual podría encontrar una vida virtuosa; finalmente, que los padres decidieran que su hija se preparase para ser abadesa de algún monasterio del que ellos eran los propietarios o benefactores. Nada impedía que las jóvenes, acabado su proceso de formación, emprendieran una de las tres direcciones indicadas. Había de todo, y muchas son las historias recogidas al respecto. Lo importante es que estas jóvenes, después monjas, abadesas, princesas o reinas... adquirirían una gran formación “humanística” a la sombra de los “scriptoriums” monásticos medievales. Allí aprendían las lenguas clásicas, colaboraban en la confección y redacción de códices y tenían acceso a los grandes libros y tratados filosóficos, teológicos y científicos de la antigüedad. Según lo despierto de su inteligencia y cualidades o talante, docilidad e interés, aprendían más o menos.

La historia medieval recoge varios ejemplos de estos “scriptoriums” en los que se movían monjas cultas y sabias, a veces en monasterios “dúplex”, de monjes y monjas, y otras veces en monasterios femeninos, como en Helfta o en Nazareth, de donde procedía la cisterciense Beatriz. Monjas convencidas de su vocación y satisfechas con la tarea que realizaban, aunque muchas veces ignoradas y mal vistas por los varones y monjes intelectuales (aunque siempre había alguno que las protegía y amparaba, como Volmar y tantos otros...).

Es gracias a esta formación y medios de conocimiento, contacto con las Escrituras y los escritos de los Padres de la Iglesia como algunas de estas monjas se transformaron en “visionarias”, y no por una cualidad innata “de nacimiento”. Apartadas del mundo intelectual y racional, disquisitivo y polémico de las escuelas monásticas varoniles, se acercaban con mayor libertad e intuición a lo que leían o copiaban, y, siendo muchas de ellas mujeres de gran vida interior, asimilaban espiritualmente las riquezas de la fe y del cristianismo. No podían escribir “tratados”, oficio reservado a los “teólogos”; pero sí podían abrir su espíritu mediante la poesía y las “revelaciones”. Estos dos términos, “visión” y “revelación” hay que saberlos entender en el contexto medieval, escriturístico y patristico.

Y así llegamos al segundo aspecto apuntado, el de las “visiones”. No es que Hildegarda, como otras muchas escritoras medievales tuvieran el don natural de la “visión” o “profecía” desde su infancia más bien cabría decir que lo adquirieron en el monasterio como modo de expresión propia de su sentir religioso e intelectual. Ellas captaron mejor que los hombres, los exégetas y los teólogos, lo que en la Biblia significaba “visión” y “revelación”. Y como no podían discutir académica y dialécticamente con los estudiosos de su tiempo ni podían muchas veces demostrar cómo habían adquirido sus conocimientos, recurrieron a este “subterfugio” de las “visiones” y las “revelaciones”, pues, no lo olvidemos, también los hombres que las despreciaban eran “creyentes”. Lógicamente se imponía un discernimiento, y en muchos casos, como el de Hildegarda, cruel y despiadado, pues, con frecuencia, la “visionaria” que pasaba el examen iba bastante más allá de lo que sus examinadores esperaban.

Las mujeres estaban más libres, pues, para opinar sobre la Iglesia que habían creado los emperadores y nobles medievales, sobre el monacato feudal y sobre los abusos de la autoridad eclesiástica. Si la monja “visionaria” era de buena familia, demostraba cultura y sabía hablar bien el latín y el griego, las cosas se complicaban entonces. Las monjas tenían otra gran cualidad, dada por su naturaleza: habían obtenido su formación como una gracia divina, eran conscientes de ello; y agradecían esta gracia hasta arrieasgar su propia vida, pues no tenían en perspectiva ningún cargo eclesiástico ni función remunerada.

En el año 1178 una ya no muy vigorosa anciana benedictina se había puesto manos a la obra en el cementerio de la abadía de Rupertsberg del Rin: con su báculo de abadesa allanó una tumba reciente y se ocupó con sumo cuidado de que los contornos de la misma fueran tan irreconocibles, que ya no pudo saberse cuál había sido el lugar del enterramiento. Acto seguido emprendió trabajosamente el camino de regreso a su monasterio y se sometió al castigo de la autoridad episcopal.

El extraño comportamiento seguido en el cementerio del monasterio había sido ciertamente una ofensa abierta a la autoridad eclesiástica; con toda claridad se trataba de un acto de desobediencia. Pero ¿qué había sucedido para llegar a esto? Un joven noble, que había cometido un grave pecado, había muerto bajo pena de excomunión y, puesto que antes de morir se había arrepentido y había sido absuelto por un sacerdote, había sido enterrado por expreso deseo suyo allí mismo, en el cementerio del monasterio. El obispado de Maguncia argumentaba que al joven no se le había levantado la excomunión públicamente, sino sólo en el ámbito íntimo de la confesión, y que por lo tanto no se le podía conceder un funeral religioso. Se ordenó entonces al monasterio de Rupertsberg que exhumara inexcusablemente el cuerpo para enterrarlo en suelo profano. En caso de negarse a obedecer incurriría en el castigo eclesiástico: la prohibición de celebrar el servicio religioso, la comunión y el canto de los salmos.

La abadesa Hildegarda valoraba el arrepentimiento del joven y su muerte en paz con Dios mucho más que la sentencia jurídica emitida por los preladados de Maguncia. Así que decidió escuchar su conciencia e imposibilitó por completo la exhumación del cadáver, renunciando consecuentemente junto con todo el monasterio a los servicios religiosos. Sólo con una conmovedora apelación al arzobispo, que se encontraba en Roma, consiguió meses después que se levantara el castigo.

¡Un comportamiento inaudito para una anciana abadesa de ochenta años en el siglo XII! Como inaudito fue, ciertamente, todo cuanto Hildegarda escribió e hizo. Mantuvo correspondencia con papas, príncipes y obispos, con la pareja real inglesa y con esposas necesitadas de consejo. Cuando el emperador Federico Barbarroja se enemistó con Roma, Hildegarda apeló a la conciencia del monarca en enérgicas cartas:

Cuídate de que el más alto monarca no te arroje al suelo a causa de la ceguera de tus ojos, que no te dejan ver bien cómo debes ostentar tu cetro para reinar con justicia.

Predicaba en los mercados delante de la masa entusiasmada, una actividad arriesgada, pues antiguamente era algo que hacían sobre todo los herejes. Formuló apasionadas protestas contra las apetencias de los clérigos por el poder y el amor de muchos dirigentes eclesiásticos por el dinero. Amonestó a los «prelados perezosos», reprochó al obispo de Speyer su «naturaleza obesa», sin pararse a pensar en la generosa simpatía que éste mostraba hacia el monasterio; calificó al obispo de Colonia de «azor de rapiña» y atacó a sus sacerdotes públicamente de esta manera:

Vosotros sois como la noche que exhala oscuridad, y como un pueblo que no trabaja y que por indolencia no camina bajo la luz [...] ningún sustento para la Iglesia [...] y a causa de vuestra repugnante riqueza y avaricia así como por otras vanidades no podéis enseñar nada a vuestros fieles [...].

No menos inauditas fueron también las penalidades que afrontó en sus viajes de peregrinación por barco o a caballo, emprendidos ya a una edad avanzada; además durante toda la vida su salud fue débil. Inaudita fue su valiente actuación frente a los monjes benedictinos que intentaron ponerse al frente de su recién fundado monasterio: en lugar de pedir ayuda pusilánimemente a cualquier obispo biempensante, se presentó sin aviso ante los monjes y les habló justamente airada, de manera que no volvió a su monasterio sino cuando le fue garantizada su independencia por escrito.

Este libro cuenta la agitada vida de una mujer fascinante tratando de luchar también contra un cliché, que hasta hoy día ha impedido estudiar más de cerca la figura de Hildegarda de Bingen: la imagen de la mujer perteneciente a una orden religiosa, tan entusiastamente exaltada como se suele pensar de las místicas religiosas; la imagen de una exótica visionaria, que en su huertecito del monasterio encontrara casualmente un par aceptable de hierbas medicinales y cuyas recetas de cocina puedan poseer cierto encanto para un moderno arte culinario alternativo.

¡Cuán difícil es reflejar de forma completamente fiel una personalidad tan poderosa, una mezcla tan enérgica de fuerza y dinámica, una personalidad tan segura de sí misma, independiente y autocrítica por igual, perspicaz, incondicionalmente honesta, una llamativa mezcla de sobrio sentido común y férrea pasión! Hildegarda de Bingen desempeñó una media docena de profesiones: era poetisa, teóloga, científica, boticaria; dirigía dos abadías simultáneamente y fue autora de uno de los epistolarios más largos de la Edad Media. Se le considera la primera naturalista alemana y autora de obras de medicina.

Sus visiones son imágenes cósmicas de tremenda fuerza poética, plasticidad y colorido. Escribió y compuso voluntariosamente cantos y piezas musicales para las hermanas de su comunidad. Nobles, sabios, obispos y campesinos peregrinaban a orillas del Rin para recabar el consejo de Hildegarda. Los monasterios alemanes, flamencos y borgoñones estaban hambrientos de las copias de sus obras, al igual que hoy día ocurre con los representantes de la más moderna teología. Su enardecida defensa de una medicina integral así como sus profundos conocimientos de medicina natural se han revalorizado y puesto en práctica de nuevo en nuestra época.

Ciertamente, aquel que desee descubrir a Hildegarda, debe atreverse a adentrarse en un mundo completamente extraño, en un siglo confuso y rico en acontecimientos. No han nacido aún Francisco de Asís ni Tomás de Aquino; el gótico comienza a alborear. En los escritos sobre ciencias naturales y medicina de Hildegarda chocamos con los

abstrusos pensamientos de su época, y su llamativo lenguaje visual aparece, incluso para la literatura de su tiempo, como un cuerpo extraño. Y sin embargo esta monja medieval conoce ya nuestros anhelos. Hildegarda anticipa el emotivo intento de Teilhard de Chardin de reconciliar el amor al cielo y la fidelidad a la tierra.

«¡Vela por la vida hasta el máximo!», escribió una vez. Templada, disciplinada, pero muy alejada de destructoras formas de ascesis, invita a los hombres a convivir amorosamente con ellos mismos, con su prójimo y con la naturaleza. «El hombre abraza el mundo entero con amor enternecedor», escribe, poniendo de esta manera punto y final a una de sus visiones de la Creación. El cosmos y el ser humano son interdependientes, todo se encuadra dentro de la naturaleza, tanto el firmamento como el gusano:

Por tanto, cuanto se encuentra bajo el orden de Dios se corresponde mutuamente.

En suma: los vanos deseos de grandeza humana impiden el equilibrio ecológico. Para Hildegarda no puede existir nada que sea impuro dentro de la Creación. Ella contempla como algo igualmente razonable tanto los órganos de reproducción como el cerebro humanos. En ella no hay ni rastro de la mala conciencia de muchos autores eclesiásticos masculinos, cuando contempla «la fuerza de la eternidad» en el acto de la reproducción carnal (y no por ejemplo al lujurioso Satán) y cuando quiere ver incluso en la atracción sexual entre hombre y mujer una imagen de vida intradivina de la Trinidad.

El poderoso Dios, Señor del planeta, protagonista de sus visiones, que con su voz mueve el mundo y anima toda la Creación, no es ningún juez despiadado, que echa cuentas de los pecados de los hombres. En el centro de la teología cósmica de Hildegarda, increíblemente moderna en algunos puntos, se encuentra el apasionado amor del Creador por su criatura. Para ella «a Dios le gustó mucho el hombre, cuando le miró a la cara».

Frente al miedo al diablo propio de su época, proponía la buena nueva de un Dios incondicionalmente bondadoso, que desea salvar al hombre y que permanece activo en él, para completar su Creación: «Es por ello por lo que nosotros también vivimos en Él. Pues somos su obra», escribió, y también dijo que Dios «llevaba al hombre sobre sus hombros hacia el cielo».

Un Dios vengador de corazón duro no habla así:

Mi boca besó a mi propia obra por mí requerida, a la imagen que Yo hice del barro de la tierra. He abrazado amorosamente de manera singular esta obra. Y de esta manera la he transformado mediante el ardiente espíritu en un cuerpo. Y le di el mundo entero para que le sirviera. Después de que yo hubiera descansado y luego que hubiera sabido cómo el hombre fue seducido por el consejo de la serpiente, me manifesté lleno de pasión. En el regazo de la Virgen, inflamándolo, descansé

La teología de Hildegarda, que a menudo se puede leer como si fuera una carta de amor, tiene en común mucho más con las visiones del Cristo cósmico de Teilhard de Chardin que sólo el lenguaje poderosamente poético. Según Hildegarda también el Verbo hecho hombre santifica y transforma el mundo mediante aquellos que creen en Cristo. «Cuando el mundo acabe su curso, entonces los elegidos de Cristo serán como sus miembros», idea que se podría encontrar literalmente en Teilhard. De esta genial mujer de la Edad Media aprendemos tanto el amor a la Creación y a Dios, leal a su obra e incondicionalmente fiel al hombre, como la nueva conciencia de la unidad de todas las criaturas.

Y también, quizá aprendemos una parte de realista humildad frente al Creador. Pues la gran santa Hildegarda, que todos los días tenía trato con una «ardiente luz del cielo» y cuyos consejos eran requeridos por todo el mundo como si se tratara de un oráculo, esta admirada y alabada Hildegarda, se denominaba a sí misma en su divino lenguaje musical «un débil sonido de trombón», y no más que una plumita sujeta por Dios:

Pero al rey le gustó tocar una pequeña pluma, para que se levantara maravillosamente. Y un fuerte viento la llevó, para que no cayera.

La lectura del libro de Christian Feldmann se hace a la vez amena e instructiva, y refleja admirablemente las luces y las sombras del ambiente que permitió a mujeres como Hildegarda ofrecer sus “visiones”, posiblemente la mejor interpretación de la vida misma y de las Escrituras que un alma tan vigorosa y generosa como la suya podía ofrecer, y cuyos rayos de genialidad llegan hasta nuestro días.

